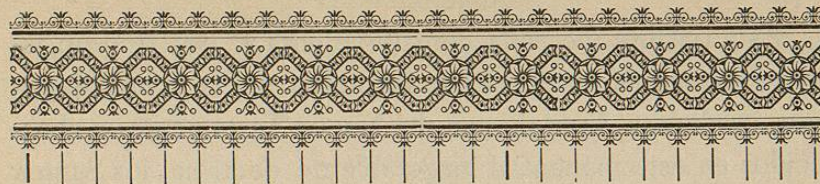


LECTURA ESPIRITUAL



LECTURA ESPIRITUAL

No hay mejor amigo que un buen libro, y no hay mejor libro que el que nos instruye en la ciencia del alma, en la ciencia de la salvación; pues, como dice el Espíritu Santo en los Proverbios, *donde no hay la ciencia del alma, no hay nada bueno* (1). Esta ciencia divina tiene sus libros en que se aprende, como los tiene la ciencia humana, si bien ambas presentan caracteres tan distintos, que no se las puede confundir. La sabiduría de los hombres no es la palabra de Dios; produce sentimientos, pero no muda voluntades; ilustra la inteligencia, pero no enciende el corazón; puede hacer sabios con *esa ciencia que*, en frase del Apóstol, *hincha y envanece* (2), pero no logrará hacer Santos, porque no estriba en *el temor de Dios*, sólido fundamento de la verdadera sabiduría (3), ni en la virtud de *la caridad que ennoblece y edifica*. Mas la ciencia divina, *la palabra de Dios es viva y eficaz* para el alma que de ella se alimenta (4).

(1) Prov., XIX, 2.
(2) I. Corinth., VIII, 1.

(3) Eccli., I, 16.
(4) Hebræ., IV, 12; Rom., X, 8.

Esta palabra increada constituye para el cristiano un tesoro inestimable encerrado en los libros de la Santa Escritura, verdadera Arca de oro del Nuevo Testamento, y abastecidos en este manantial inagotable de doctrina, los Santos Padres y Doctores de la Iglesia—insignes maestros de esta ciencia sagrada—la han expuesto y comentado admirablemente en obras inmortales, como en limpísimas corrientes de sabiduría, á las cuales acuden los predicadores evangélicos para nutrirse de esta savia del cielo y derramarla cual fecunda semilla (1) en los corazones de los fieles; y los Santos y maestros de espíritu, para condensarla en luminosos tratados de ascética y mística, que constituyen la escuela de perfección de las almas que á ella aspiran. Y si en frase del Espíritu Santo, *quien halla un amigo fiel ha hallado un tesoro* (2), ¿qué mejor amigo podemos desear que uno de estos libros cuyas páginas encierran el tesoro *escondido á los sabios y prudentes* del siglo (3), y patente y *manifiesto á los humildes* que buscan á Dios para *adorarle y servirle en espíritu y en verdad?* (4). A pesar de ello, la ciencia humana, la palabra del hombre es leída con avidez y encomiada con entusiasmo, mientras que la palabra de Dios, la ciencia de la salvación es mirada con desprecio sistemático ó relegada al olvido.

Mas vosotras que sabéis por experiencia que *no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios* (5); vosotras que habréis experimentado más de una vez las regaladas mercedes y saludables frutos que produce la lectura de esta palabra divina en el alma que en ella se ocupa con frecuencia, debidamente dispuesta, bendeciréis sin duda el breve espacio de tiempo que voy á emplear en mostraros la «utilidad» de esta lectura y el «modo» de ejer-

(1) Luc., VIII, 11.

(2) Eccli., VI, 14.

(3) Matth., XI, 25.

(4) Joann., IV, 24; Rom., I, 9; Galat., V, 16.

(5) Luc., IV, 4; Matth., IV, 4; Deut., VIII, 3; Sapient., XVI, 26.

citarnos en ella, para que redunde en provecho de nuestras almas.

Utilidad. Es una verdad fundamental, que no se puede obtener la gracia—comúnmente hablando—sino por los medios que Dios ha establecido. *Jesucristo, único mediador entre Dios y el hombre* (1), ha querido escoger la palabra como instrumento, como conducto de su gracia para obrar la santificación de las almas. Decidme, si no: ¿quién regenera á los hijos del pecado y les abre las puertas del cielo en el sacramento del Bautismo? (2).—La palabra de Jesucristo. ¿Quién los absuelve de todos sus pecados en el tribunal de la Penitencia? (3).—La palabra de Jesucristo. ¿Quién les prepara en el Sacramento de nuestros altares un manjar divino, prenda inmortal de la gloria venidera? (4).—La palabra de Jesucristo. Y si tan soberanamente obra esta palabra inefable en todos los Sacramentos, no menos útil ni menos eficaz es en la cátedra de la verdad ó en el libro piadoso; y si bien esta palabra, hablada ó leída, obra de otra manera en las almas que la leen ó escuchan, pero siempre es ella el medio por el cual descende á nosotros el Espíritu de Dios (5). Esta palabra fecundó la nada en el principio del mundo, y en el transcurso de los tiempos está dando calor y vida á las almas que de ella se alimentan.

En efecto; expuesta y comentada con admirable lucidez por los Santos Padres y escritores eclesiásticos en tratados manuales, circula profusamente entre nosotros con indecible consuelo de nuestras almas, pues estos libros devotos nos proveen de remedios contra los vicios, de armas contra

(1) I. Joann., II, 1; I. Timoth., II, 5.

(2) Joann., III, 5.

(3) Joann., XX, 23.

(4) Joann., VI, 52-59.

(5) Rom., X, 17.

las tentaciones, de consejo en las dudas, de consuelo en las tristezas, de aliento en los trabajos y de medios para alcanzar la perfección de todas las virtudes. ¡Oh!, ¡quién pudiera encarecer como lo merece la utilidad de esta lectura y las maravillas que obra en el alma que en ella se ocupa con frecuencia! Unas veces, como *grano de mostaza* sembrado en el corazón del que lee, y merced al suave rocío de la gracia, germina, *crece y se hace árbol frondoso* y abundante en frutos de santidad (1); otras veces esta palabra divina es para el alma hambrienta y desalentada sabrosísimo *maná* que nutre y vigoriza sus fuerzas para que no desfallezca en las frecuentes luchas del espíritu; y *antorcha luminosa que disipa las tinieblas de la tribulación* (2) y *alumbra nuestros pasos* (3) *para que no se desvíen de la senda estrecha que conduce á la vida eterna* (4); y arma formidable y poderosa para vencer las perniciosas influencias de la carne y de las pasiones (5); y sabrosa plática con Dios, el cual unas veces por medio de la lectura espiritual nos consuela y alienta con suavísimos coloquios, *más dulces que la miel* (6); otras, con palabras duras y sentidas, corrige nuestras faltas voluntarias ó reprende nuestra tibieza en su servicio y siempre deja en el alma alguna prenda de amor, como recuerdo inefable de su visita. *¿Por ventura, dice el Espíritu Santo, mis palabras no son como fuego,* pues alumbran el entendimiento, inflaman la voluntad y purifican al hombre de sus malos afectos y resabios, y *como martillo que hace saltar las rocas en pedazos,* esto es, que ablanda los corazones, aunque sean de piedra, si se muestran dóciles, y los reduce á polvo, si oponen resistencia? (7). Mas estas cualidades no las tiene sino como palabra de Dios y en cuanto procede de Él. Por ello dijo San Pablo, que

(1) Matth., XIII, 31-32.
 (2) II. Reg., XXII, 29.
 (3) Psal. CXVIII, 105.
 (4) Matth., VII, 14.

(5) Rom., VIII, 13.
 (6) Psal. CXVIII, 103.
 (7) Jerem., XXIII, 29.

toda escritura divinamente inspirada es útil para enseñarnos, corregirnos é industriarnos en la justicia (1), porque es muy eficaz para instruirnos en las verdades necesarias para nuestra salvación, para corregir nuestros vicios y demasías é industriarnos en el ejercicio de las virtudes y buenas obras, medios adecuados para lograr la perfección á que aspiramos.

Ya no debe extrañarnos que los Santos Padres de la Iglesia hayan mostrado empeño en inculcar á los fieles de su tiempo la afición á la lectura de estos libros, porque estaban persuadidos de la maravillosa eficacia que atesora y de los grandes bienes que produce en el alma que en ella se ejercita. San Juan Crisóstomo atrevese á afirmar que «difícilmente podrá conseguir su salvación quien no emplea con frecuencia algún tiempo en la lectura espiritual» (2). Claro está que este elocuentísimo Padre de la Iglesia habla con las almas piadosas que aspiran á la perfección, porque la lectura espiritual constituye uno de los ejercicios esenciales de la piedad (3), como que «es hermana de la oración mental y su grande ayudadora»—dice el P. Rodríguez (4). Y en ello se funda San Atanasio para decir: «No veréis á nadie que trate de veras de su aprovechamiento, que no sea dado á la lección espiritual, y el que la dejare, pronto se le echará de ver en su conducta» (5). Todos los Santos y maestros de la vida espiritual coinciden con los Padres de la Iglesia en decir maravillas de la frecuente lectura de libros devotos, pues unánimes aseguran que induce paulatinamente á detestar el vicio y á practicar la virtud; que arranca del corazón la soberbia, la envidia, la ira, la pereza y destierra la murmuración y el juicio temerario; que enfrena y amorti-

(1) II. Timoth., III, 16.
 (2) Conc. 3, de Lázaro.
 (3) P. Faber. Conferencias espirituales; I. Timoth., IV, 13; S. Laurent. Justin., De lign. vitæ, cap. 4;

S. Chrysost., Homil. XXXV, in Génes.
 (4) Trat. V, cap. 28.
 (5) Exhort. ad Monachos.